

Antonio de Undurraga

Ultima pasión de Jorge de Lima



En poesía lo natural es que el espíritu y el verbo oscilen indisolublemente unidos, como el filo es a la espada, este suceso sólo adquiere un interés inusitado, cuando se trata de su evolución o del tránsito de una escuela a otra. Porque en todo acervo lírico, tanto el lenguaje como el espíritu son dos agujas fundamentales y bien saben los poetas que con el más leve movimiento en cualquiera de ellas, se consigue un resultado distinto. Es así como con un mismo espíritu y sólo apoyándose del lado del verbo, como sucede en gran parte con el Barroco Español, más de un poeta logra una poesía nueva. Utilizando esta aguja, don Luis de Góngora traspone, acumula adjetivos y levanta su vigorosa arquitectura verbal, a pesar que piensa de idéntica manera que sus coetáneos. A menudo ambos elementos evolucionan paralelamente, pero es fácil constatar que en toda decadencia, o sea, en las aguas finales de una modalidad lírica o de una cultura, el poeta en la imposibilidad de conducir plenamente un nuevo espíritu, busca la renovación por medio del verbo, porque hay un estado de alma que se arrastra herido, un pelícano sonámbulo que se desgarr a sí mismo. Para la poesía moderna, sin que merme en un ápice su grandeza, este fenómeno casi ha llegado a ser cotidiano.

Por el hecho de que Jorge de Lima, hasta hace poco, era un hábil viandante por los ágiles laberintos del soneto y el fol-

klore brasileños, resulta casi extraña su lírica presente, renovada a base de un proceso puramente espiritual.

El mismo poeta, en un lenguaje desnudo y pleno de inmensidad, nos señala algunos de los motivos de esta su última pasión. Previamente constata la nueva corporeidad mística de su poesía en el poema intitulado «El Canto Solemne»:

«Las aves que van a salir de mi canto otrora eran lirios
 hoy son potros de hierro que en el aire resuenan.
 Todos los moldes cambiaron: son otros.
 Aquí está una ventana abierta para el primer día,
 y aquella rampa desierta tiene ocultas escaleras.
 En la alta noche surge la Fe al final de la inmensa plaza
 como una catedral rodeada de cirios:
 las ojivas retoman mi canto, a aquel que Abel entonaba apacien-
 [tando ovejas».

En su pasión mística presente que de su entendimiento ha surgido un cúmulo de nuevas potencias, que una extraña cábala numérica le arrobara todos los sentidos: se le figura que asiste al suceso de su multiplicidad y crecimiento:

«Parece, Señor, que me desdoblé,
 que me multipliqué,
 que las lluvias de los cielos caen sobre mis manos,
 que los ruidos del mundo gimen en mis oídos,
 que baten trigo, llorando, sobre mi tronco desnudo,
 que ciudades se incendian dentro de mis órbitas.
 Parece, Señor, que las noches obscurecen dentro de mi ser múltiple.
 [tiple,
 que yo hablo sin querer por todos mis hermanos,
 que yo ando cada vez más en procura de Ti».

Pero al profundizar en los motivos de su última pasión, hay un tono confidencial, franco y múltiple como un espejo, con el que Jorge de Lima nos asegura su lograda evasión:

«Digo que la vida es una danza de caníbales,
pero que me diste un barco para poder huir de mí».

Sin embargo, para un espíritu como el suyo siempre en trance de conocimiento; para su inquietud jamás apaciguada y que le tortura como una inmanante aguja, evadirse de su propio ser es un acontecimiento muy pequeño; un navío deleznable. Al Espíritu Paráclito, no le pide el vacío de un nirvana, sino que una bóveda plena de órbitas:

«Espíritu Paráclito: tú que eres el único pájaro que descien-
[de sobre mi noche tenebrosa,
¡agujerea mis ojos para que vea más,
para que penetre la unidad que hay en ti,
la libertad que hay en ti,
la multiplicidad que hay en ti;
para subir desde mi pequeñez a postrarme ante ti».

Nauta y amauta de gruesas alas. Jorge de Lima parte del pesado materialismo burgués, para emprender al redescubrimiento de lo cristiano. Glosando durísimas palabras del Maestro, nos asegura haber dejado un gran bagaje muerto:

«Huí de mi familia para seguirlo, dí todos mis mantos, y ahora que soy el hombre más desnudo, paso con mi camello a través de las agujas e interpreto los sueños de los faraones».

Luego utilizando una ronda de poesía desnuda, nos anuncia con imperecedera gracia un destino construido a base de la más pura voluntad cristiana:

vamos a ver hacia dónde pende la cabeza del Padre,
 vamos a ver quién estará más leve para subir con El.
 ¡Oh, grandes ladrones!, si El no valiese 30 dineros apenas
 y sí algunos millares de dineros,
 estaríais con El, cuando la cortina se rompió.
 Si El no fuese un Rey desnudo, coronado de espinas,
 y sí el rey del petróleo o un magnate cualquiera,
 estarías con El, grandes ladrones».

En el poema intitulado «Ceremonia del Lavamanos», nuevamente asaetea las más recónditas células del espíritu burgués, que lo personifica en un egoísmo anquilosado:

«¿Eres acaso de esos hombres que inventaron cañones
 o alguna ametralladora, o guillotina, o máquina de derramar
 [sangre?

Si eres, ven, que te lavaré las manos.
 Si eres acaso de esos hombres que amontonan dinero,
 que el pan escaso sacan de la boca hambrienta o descubren la
 [carne friolenta,
 ven, que te lavaré las manos».

Pero de súbito, ejercita sus armas de un modo diverso. Se humilla y encarna una crítica mordaz. Dispara todas sus flechas contra sí mismo, en un supremo afán de sumir en el descrédito, de herir de muerte al mundo contemporáneo por medio de su subjetivo ejército armado a lo divino. A Cristo sólo le pide el vehículo para ir nuevamente a Damasco:

«¡Dadme un caballo de Vuestro Reino para ir a Damasco:
 Soy un proveedor de armas para los Filisteos.
 Soy el que torpedea el Arca y la Barca.
 Soy reconstructor de Babel.
 Soy bombero del incendio de Sodoma.

Fuí dimitido de la Vida,
y Vos me enviásteis otra vez.
¡Dimitidme de nuevo, pues erré más!
Soy el asesino de Lázaro.
soy plantador de cizaña;
¡Dadme un caballo para huir!
¡Quise ahogar a San Cristóbal,
transformé las algas en microbios
y las alas en aviones de guerra!»

A pesar que Jorge de Lima con frecuencia bucea en las cosas de la tierra, haciendo uso de raíces deslumbradas, su médula mística posee una hondura plena verificada con vigor angélico.

Su manera profundamente espiritual de sentir el tiempo produce, ora equilibrio, ora desasosiego:

«Los milenios pasados y los futuros
no me aturden, porque nazco y naceré,
porque soy uno con todas las criaturas,
con todos los seres, con todas las cosas
que yo descompongo y absorbo con los sentidos,
y comprende con la inteligencia
transfigurada en Cristo».

E íntimamente unido a este suceso, su íntimo concepto del dogma de la resurrección de la carne, dotado de obscuras y biológicas formas, nos da una clara pauta de su pasión creadora:

«Opero transfusiones de luz en los seres opacos,
puedo mutilarme y reproducir mis miembros como la estrella
[del mar,
porque creo en la resurrección de la carne y creo en Cristo,
y creo en la vida eterna, amén».

A menudo su aguda mística oscila hacia la hermandad humana y su voz se torna pura, emocionada. Parece que resbalara por sutilísimos cristales:

«Puedo enjugar, con un simple ademán,
el llanto de todos los hermanos distantes».

En Jorge de Lima, se ha dado uno de los poetas máximos que posee la Lengua Portuguesa. En su poesía convergen numerosas voces; por ello tiene un poderoso sentido crucial, pero la línea de las nieves eternas está muy claramente delimitada: la constituyen el Evangelio y la Biblia. Y a pesar de haber sido escrita su obra en una época en que se vive plenamente la agonía de una cultura, está exenta, casi en su totalidad, de espíritu decadente, porque como lo dejara esclarecido en su debido turno, el pensamiento del poeta es profundamente antiimperialista y místico.

La poesía de Jorge de Lima a partir de «Tempo de Eternidade», ha sido escrita sobre las páginas azules, trémulas, de un océano torturado y profundo. Su mérito más señalado consiste en que ha buceado por él, sin abandonar los heridos costados de la Tierra y el hombre, creando una poesía levemente desolada e inmensa (1).

(1) Jorge de Lima nació en Uniao, Estado de Alagoas, Brasil, en 1895. En verso ha publicado: «XIV Alexandrinos», en 1920; «Poemas», en 1935; «Novos Poemas», en 1925; «Bangu e Negra Fuló», en 1930; «Poemas Escolhidos», en 1932; «Tempo de Eternidade», en 1935; y «A Túnica Inconsútil» en 1938. La versión española de sus obras apareció en 1939, ejecutada por J. Torres Oliveros y C. R. Arechavaleta, y se intitula «Poemas». El ensayista brasileiro Manuel Anselmo, ha publicado un excelente ensayo sobre el poeta: «A Poesía de Jorge de Lima», aparecido en 1939. Finalmente, el novelista francés Georges Bernanos, hizo el prólogo para la mencionada versión española de su lírica.—N. de la R.